

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comisión Episcopal de Liturgia



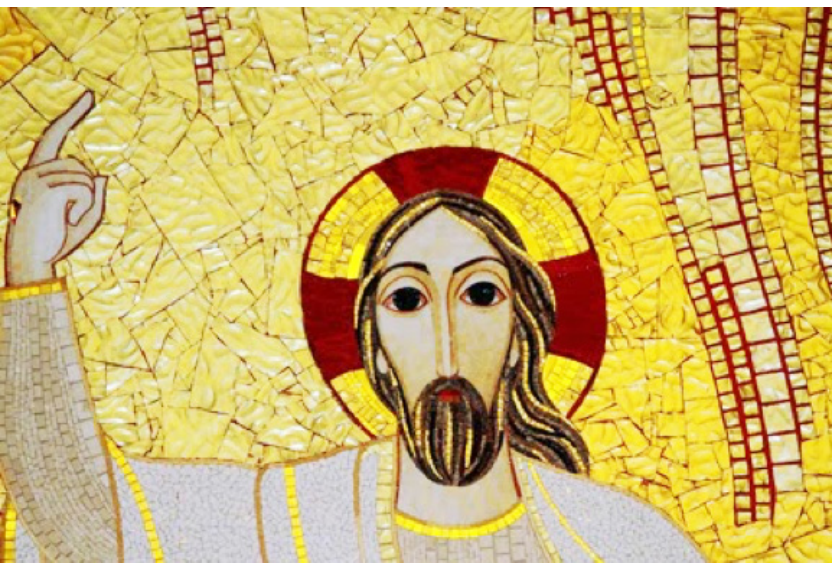
ORACIÓN DOMINICAL EN FAMILIA

A causa de la restricción por la pandemia Covid-19

V DOMINGO DE PASCUA

«Yo soy el camino y la verdad y la vida»

10 de mayo AD 2020



Preparamos el lugar donde vamos a orar.

Encendemos una vela y abrimos el libro de la Palabra de Dios.

Podemos colocar un pequeño plano de nuestra casa o dibujar un camino o una imagen de un camino con caminantes.

Puede ayudarnos escuchar este canto, si hay jóvenes o niños <https://www.youtube.com/watch?v=cN1F4BJr7nM> o este otro si son personas más mayores <https://www.youtube.com/watch?v=bXsnsk36zro>.

Luego el guía prosigue.

El guía:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos:

Amén.

El guía:

En nosotros se cumple la promesa del Señor: «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». Con esta confianza y porque creemos en Dios, vamos a tener este momento de oración en el día de la resurrección de Jesucristo.

Hoy la Palabra de Dios nos recuerda que él es nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida. Pedimos por toda la humanidad para que pronto pueda superarse esta terrible pandemia que estamos sufriendo.

Iniciamos con esta oración para el camino.

Todos:

Aquí estoy, Señor Jesús,
a la vera del camino, sin camino;
mis pasos buscan tus huellas
donde poner mis pisadas,
la vida y la muerte están ante mí como un reto;
el bien y el mal se cruzan en mi corazón
que sin descanso busca, pide y llama.

Yo quiero ser dichoso, Señor Jesús,
hombre en camino;
yo quiero ser libre
con la libertad de tu Evangelio;
libre en opción sincera y decidida a tu Palabra.

Quiero dejar atrás
las llamadas opresoras del dinero,
del poder, del placer,
de lo que en el fondo es nada.

Quiero hacer de tu Evangelio norma de vida
y escucharlo día y noche
hasta que penetre el fondo del alma.

Quiero ser, Señor Jesús,
como el árbol que crece junto al río
y bebe en profundidad y hondura
en las corrientes del agua.

Quiero dar en su tiempo frutos de paz y bien,
y dejar que las semillas
que has sembrado en mí se abran.
No dejes jamás, Señor,
que se marchiten mis hojas verdes,
ni que el viento las arranque,
una a una, de sus ramas.

Quiero seguir el camino del hombre nuevo,
del hombre que dice sí a la vida
y con tesón la guarda.

Quiero ser hombre de espíritu
que luche contra la carne
y que haga del amor la carta magna,
la ley fundamental de tu Reino,
abierto al corazón vivo en desafío radical,
una a una, de tus bienaventuranzas.

No me dejes caminar por el camino de Caín,
que lleva sangre;
y que a cada paso deja las señales del que mata;
no quiero ser como paja que lleva el viento
y hace de ella un juego fácil entre sus alas.
Quiero ser desde mis raíces y mi historia
de ilusiones y fracasos,
desde mis luchas y mis crisis
un camino de esperanza
abierto hacia la vida eterna, donde tú moras
y donde esperas con un corazón de amigo,
mi llegada.

Tú eres, Señor Jesús,
el camino de un corazón vivo;
el camino de Abel,
el camino de la vida en la cruz entregada
por la salvación del hombre,
de todo hombre que busca
en ti la respuesta cierta y segura
en la encrucijada.

Señor Jesús,
contigo se hace el camino suave y ligero,
al llevar entre tú y yo —los dos juntos—
esta pesada carga.

Quiero ser discípulo tuyo,
y aprender de ti, Maestro,
a ser libre como el viento,
en tu Espíritu, que guía y salva.

Se puede dejar un tiempo de silencio para que cada uno haga resonar en voz alta la frase o expresión que más le tocó el corazón al ir recitando el salmo.

El guía:

Escuchemos con fe la Palabra de Dios en la que Cristo mismo nos llama a la fe y a la confianza en él.

EVANGELIO

Jn 14, 1-12

El lector:

Del Evangelio según san Juan.

EN aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No se turbe vuestro corazón, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no, os lo habría dicho, porque me voy a prepararos un lugar. Cuando vaya y os prepare un lugar, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros. Y adonde yo voy, ya sabéis el camino».

Tomás le dice:

«Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?».

Jesús le responde:

«Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto».

Felipe le dice:

«Señor, muéstranos al Padre y nos basta».

Jesús le replica:

«Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: “Muéstranos al Padre”? ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, él mismo hace las obras. Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Si no, creed a las obras.

En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aun mayores, porque yo me voy al Padre».

Palabra del Señor.

Todos:

Gloria a ti, Señor Jesús.

Después de leer el evangelio se hace un tiempo de silencio. Según las circunstancias, el padre o la madre pueden explicar el evangelio a los hijos a modo de catequesis, especialmente si hay niños pequeños, o bien, si los niños son más mayores, cada uno puede expresar libremente en voz alta lo que más le ha llamado la atención de la lectura.

LECTIO

El guía:

Ya estamos en el quinto domingo de Pascua; Jesús comienza a anunciar su regreso a la casa del Padre y nos dice que va para prepararnos un lugar. Ante esta noticia los suyos se sienten tristes, como nos pasa a nosotros cuando alguien muy querido se va. Pero, ¿qué les dice Jesús?

Lo leemos en el texto y si es necesario el guía nos ayuda: que no se turbe su corazón, que crean...

¿Cómo se presenta Jesús?

Lo buscamos en la lectura y el guía puede ayudar: yo soy el camino y la verdad y la vida.

¿Qué le preguntan Tomás y Felipe?

Lo miramos en la lectura y el guía puede ayudarnos: ¿cómo podemos saber el camino?, muéstranos al Padre.

¿Qué les responde Jesús?

Lo leemos en el texto o nos ayuda el guía: creer en él y hacer sus obras.

MEDITAMOS

El guía:

Jesús ve que su misión en la tierra llega a su fin y para continuar su obra había preparado a los suyos. En su ausencia física ellos tienen que hacerle visible. En esta tarea encontrarán dificultades por ello tienen que ser firmes en la fe, para tener fortaleza de ánimo. Tienen que creer en su Palabra y confiar que Dios actúa con ellos.

COMPROMISO

El guía:

A menudo los cristianos tenemos miedo y vergüenza de seguir a Jesús y dar testimonio de Él con nuestra palabra y nuestra vida: ¿Qué debo hacer para conocer el camino de Jesús? ¿Cómo aumentar mi fe para dar testimonio de Jesús?

Se deja un silencio y podemos compartir lo que el Señor nos pide y así ayudarnos en su seguimiento.

También se puede leer personalmente o en voz alta la siguiente meditación:

El lector:

«Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí» (*Jn* 14, 6). Con estas palabras, el Señor se define a sí mismo como el camino único que conduce al Padre: «Aquel que es el camino, no puede llevarnos por lugares extraviados, ni engañarnos con falsas apariencias el que es la verdad, ni abandonarnos en el error de la muerte el que es la vida», comenta San Hilario.

El Señor se hizo camino por su Encarnación: «el Verbo de Dios, que con el Padre es verdad y vida, se hizo el camino tomando la humanidad», dice San Agustín. El sendero que conduce a la meta es la humanidad de nuestro Señor Jesucristo. Si no queremos que el itinerario de nuestra vida termine en el fracaso, en el sinsentido, debemos dirigir nuestra mirada a Jesucristo y caminar siguiendo sus pasos.

San Juan Pablo II, en su primera encíclica, indicaba la urgencia de esta mirada: «la única orientación del espíritu, la única dirección del entendimiento, de la voluntad y del corazón es para nosotros esta: hacia Cristo, Redentor del hombre; hacia Cristo, Redentor del mundo.

A él nosotros queremos mirar, porque solo en él, Hijo de Dios, hay salvación, renovando la afirmación de Pedro “Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna”».

Incluso para aquellos que todavía no han llegado a la fe, Cristo es, añadía el papa, un camino elocuente: «Él, Hijo de Dios vivo, habla a los hombres también como Hombre: es su misma vida la que habla, su humanidad, su fidelidad a la verdad, su amor que abarca a todos. Habla además su muerte en Cruz, esto es, la insondable profundidad de su sufrimiento y de su abandono».

Jesús es el rostro de Dios: «Quien me ha visto a mí ha visto al Padre» (*Jn* 14, 9). La adhesión a él por la fe es, al mismo tiempo, adhesión al Padre y comienzo, ya aquí en la tierra, de una vida plena que consiste en la participación en la vida de Dios. Por esta razón, el Catecismo enseña que la fe es ya el comienzo de la vida eterna: «La fe nos hace gustar de antemano el gozo y la luz de la visión beatífica, fin de nuestro caminar aquí abajo» (n. 163).

La Pascua del Señor, su paso de la muerte a la vida, de este mundo al Padre, introduce para siempre su humanidad en la plenitud de Dios. Su marcha a la casa del Padre fundamenta

nuestra esperanza no solo en nuestro futuro, sino también en el de tantos hermanos nuestros que han muerto en estos tiempos de pandemia. Va para preparar un lugar, una morada en el cielo, a cuantos han creído en él y le han sido fieles.

El que cree en Jesucristo hará «las obras que yo hago, y aun mayores» (*Jn* 14, 12). ¿De qué obras se trata? Consisten, fundamentalmente, estas obras en seguir acercando a los hombres al amor eterno de la Santísima Trinidad. La misión de la Iglesia, y de cada uno de los cristianos, tiene como fin último «hacer participar a los hombres en la comunión que existe entre el Padre y el Hijo en su Espíritu de amor» (Catecismo 850).

«Vosotros sois una linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios para que anunciéis las proezas del que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa», dice el apóstol san Pedro (1 *Pe* 2, 9). Cristo nos ha regalado ese «sacerdocio» real que nos abre el acceso a Dios; pero se trata de un don que comporta un compromiso, una exigencia: anunciar a toda la humanidad las proezas de Dios mediante el testimonio de nuestras vidas.

Unidos a Cristo, también nosotros seremos para los demás signos que indican el camino seguro, la verdad iluminante y la auténtica vida.

(Comentario de D. Guillermo Juan Morado, pbro.)

El guía:

En este templo del Espíritu, edificado con piedras vivas, que somos nosotros, dirigimos al Padre nuestras súplicas.

Todos:

Te rogamos, óyenos.

El lector:

— Por la Iglesia universal, por las Iglesias locales y por todas las comunidades cristianas, para que alcancen la madurez en la fe. Roguemos al Señor. **℟.**

— Por todos los que desempeñan en la Iglesia el ministerio pastoral de la palabra y de la acción caritativa, para que el Espíritu de Dios los llene de sabiduría. Roguemos al Señor. **℟.**

— Por los que buscan a Dios en el fondo de su corazón, para que descubran en Cristo la imagen viva del Padre. Roguemos al Señor. **℟.**

— Por todos nosotros, que en mayor o menor medida estamos viviendo las consecuencias de esta crisis, para que el Señor nos regale la fe en él, la caridad hacia los demás y nos haga humildes para obedecer por el bien de todos. Roguemos al Señor. **R.**

— Por nosotros, aquí reunidos, para que aprendamos en Cristo el camino que conduce al Padre. Roguemos al Señor. **R.**

El guía:

Ahora, con la confianza de los hijos de Dios, oremos a nuestro Padre con la oración que el Señor nos enseñó:

Todos:

Padre nuestro...

El guía:

Recitamos todos juntos el salmo 45 que nos ayuda a acrecentar nuestra confianza en Dios en este momento que estamos viviendo:

Todos:

Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza, poderoso defensor en el peligro.
Por eso no tememos, aunque tiemble la tierra, y los montes se desplomen en el mar.

Que hiervan y bramen sus olas,
que sacudan a los montes con su furia:
el Señor del universo está con nosotros,
nuestro alcázar es el Dios de Jacob.

Un río y sus canales alegran la ciudad de Dios,
el Altísimo consagra su morada.
Teniendo a Dios en medio, no vacila;
Dios la socorre al despuntar la aurora.

Los pueblos se amotinan, los reyes se rebelan;
pero él lanza su trueno, y se tambalea la tierra.
El Señor del universo está con nosotros,
nuestro alcázar es el Dios de Jacob.

Venid a ver las obras del Señor,
las maravillas que hace en la tierra:
pone fin a la guerra hasta el extremo del orbe,
rompe los arcos, quiebra las lanzas,
prende fuego a los escudos.

«Rendíos, reconoced que yo soy Dios:
más alto que los pueblos,
más alto que la tierra».
El Señor del universo está con nosotros,
nuestro alcázar es el Dios de Jacob.

El guía:

Concluimos nuestra oración con la letanía de súplica del papa Francisco contra la pandemia:

- ✠. Verdadero Dios y verdadero hombre, realmente presente en el sacramento de la Eucaristía.
- ℟. Te adoramos, Señor.
- ✠. Salvador nuestro, Dios con nosotros, fiel y rico en misericordia.
- ℟. Te adoramos, Señor.
- ✠. Rey y Señor de la Creación y de la historia.
- ℟. Te adoramos, Señor.
- ✠. Vencedor del pecado y de la muerte.
- ℟. Te adoramos, Señor.
- ✠. Amigo del hombre, resucitado y vivo a la derecha del Padre.
- ℟. Te adoramos, Señor.
- ✠. Hijo unigénito del Padre, que bajaste del cielo por nuestra salvación.
- ℟. Creemos en ti, Señor.
- ✠. Médico celestial, que te inclinas ante nuestra miseria.
- ℟. Creemos en ti, Señor.

✠. Cordero inmolado, que te ofreces para rescatarnos del mal.

℟. Creemos en ti, Señor.

✠. Buen Pastor, que das la vida por el rebaño que amas.

℟. Creemos en ti, Señor.

✠. Pan vivo y medicina de inmortalidad, que nos das la vida eterna.

℟. Creemos en ti, Señor.

✠. Del poder de Satanás y de las seducciones del mundo.

℟. Líbranos, Señor.

✠. Del orgullo y de la presunción de poder prescindir de ti.

℟. Líbranos, Señor.

✠. De los engaños del miedo y de la angustia.

℟. Líbranos, Señor.

✠. De la incredulidad y de la desesperación.

℟. Líbranos, Señor.

✠. De la dureza de corazón y de la incapacidad de amar.

℟. Líbranos, Señor.

✠. De todos los males que afligen a la humanidad.

℟. Sálvanos, Señor.

✠. Del hambre, de la escasez y del egoísmo.

℟. Sálvanos, Señor.

✠. De las enfermedades, de las epidemias y del miedo del hermano.

℟. Sálvanos, Señor.

✠. De la locura devastadora, de los intereses despiadados y de la violencia.

℟. Sálvanos, Señor.

✠. De los engaños, de la información maligna y de la manipulación de las conciencias.

℟. Sálvanos, Señor.

✠. Mira a tu Iglesia que atraviesa el desierto.

℟. Consuélanos, Señor.

✠. Mira a la humanidad, aterrorizada del miedo y de la angustia.

℟. Consuélanos, Señor.

✠. Mira a los enfermos y moribundos, oprimidos por la soledad.

℟. Consuélanos, Señor.

✠. Mira a los médicos y a los sanitarios, extenuados por el cansancio.

℟. Consuélanos, Señor.

✠. Mira a los políticos y a los administradores, que cargan con el peso de las decisiones.

℟. Consuélanos, Señor.

✠. En la hora de la prueba y de la desorientación.

℟. Danos tu Espíritu, Señor.

✠. En la tentación y en la fragilidad.

℟. Danos tu Espíritu, Señor.

✠. En el combate contra el mal y el pecado.

℟. Danos tu Espíritu, Señor.

✠. En la búsqueda del verdadero bien y de la verdadera alegría.

℟. Danos tu Espíritu, Señor.

✠. En la decisión de permanecer en ti y en tu amistad.

℟. Danos tu Espíritu, Señor.

✠. Si el pecado nos oprime.

℟. Ábrenos a la esperanza, Señor.

✠. Si el odio nos cierra el corazón.

℟. Ábrenos a la esperanza, Señor.

℣. Si el dolor nos visita.

℟. Ábrenos a la esperanza, Señor.

℣. Si la indiferencia nos angustia.

℟. Ábrenos a la esperanza, Señor.

℣. Si la muerte nos aplasta.

℟. Ábrenos a la esperanza, Señor.



LIBROS
LITÚRGICOS

Conferencia Episcopal Española